Antón Costas

La desaparición del centro político

Uno de los efectos inesperados de la crisis financiera y económica está siendo la desaparición del centro político. Sin ir más lejos, lo estamos viendo en el caso de Catalunya y España. Desde la transición, el centroderecha representado en Catalunya por CiU y el centroizquierda representado en Catalunya por el PSC y en España por el PSOE daban estabilidad a la vida política catalana y española. Ahora, la crisis los ha dinamitado. En su lugar, estamos viendo un proceso de centrifugación hacia los extremos, de polarización, que provoca inestabilidad política.

Pero no somos raros. Esta misma polarización está ocurriendo en la mayoría de las sociedades desarrolladas: en Estados Unidos, el Reino Unido, Alemania, Austria, Finlandia, Irlanda, Grecia o Francia.

¿Qué consecuencias puede tener la desaparición del centro político? Dos efectos importantes. Uno, sobre el funcionamiento de la democracia. Otro, sobre la calidad de las políticas públicas.

La desaparición de un partido político no debería ser un problema para la democracia si otro llega rápido a ocupar su vacío. En una economía de mercado competitiva la quiebra de un proveedor de un producto no acostumbra a ser perjudicial para los consumidores en la medida en que otro proveedor llega rápido a ocupar su lugar. Pero el mercado de la política no funciona como un mercado de bienes. Las preferencias políticas de los votantes no son equivalentes a sus gustos como consumidores. Están más enraizadas en nuestras emociones y preferencias ideológicas profundas. Son metapreferencias más que gustos. Su cambio es traumático. De ahí que cuando un partido de centro desaparece muchos votantes decidan no jugar, abstenerse o votar en blanco.

Cuando el centro político desaparece, el funcionamiento de la democracia se asemeja a un partido de fútbol en el que los entrenadores han decido que la estrategia sea bombear pelotas de una defensa a la otra. Olvidan a los jugadores que quedan en el centro del campo. Surge una democracia de ping-pong.

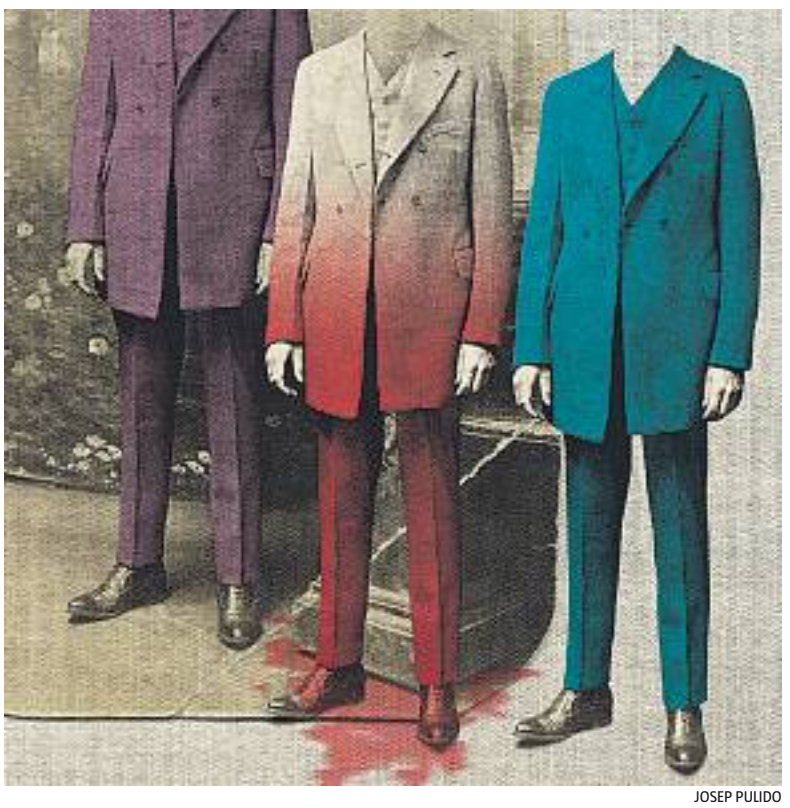
La otra consecuencia es sobre la calidad de las políticas. La democracia funciona bien cuando las políticas responden al mayor número de preferencias sociales. Es decir, al bien común. Es así cuando hay un Gobierno y una oposición fuerte con capacidad de alternativa. Eso hace que Gobierno y oposición dialoguen y las políticas responden al interés general. La desaparición del centro político hace que se pierda esa colaboración y la política se polarice. Aparecen entonces políticas económicas y sociales muy sesgadas, que responden al interés y preferencias de los gobiernos de turno más que al bien común. De ahí que la desaparición del centro no sea una buena noticia ni para la democracia ni para las políticas.

> No estamos necesariamente abocados a la bipolarización y a la inestabilidad; el votante de centro sigue ahí

¿Qué es lo que provoca esta desaparición del centro político? Fundamentalmente, el malestar con la gestión que los dos partidos de centro –los conservadores de derecha y los socialdemócratas de izquierda– han hecho primero de la globalización y más tarde de la crisis. La caída de la renta de los hogares que desde los años noventa se ha producido como resultado de esa mala gestión es un fenómeno social y político de primera magnitud.

Cuando la indignación social con el deterioro de las condiciones de vida y la pérdida de oportunidades saltó a la calle, los partidos de centro se radicalizaron. Es el caso del Partido Laborista británico con Jeremy Corbyn y, en Estados Unidos, los del Partido Republicano con Donald Trump y del demócrata con Bernie Sanders. En nuestro caso ha ocurrido con CDC y el PSOE. Recuerdo la respuesta que el principal líder de uno de esos partidos me dio cuando le pregunté si no tenía temor a que su partido perdiese el espacio de centro. Me contestó que ahora "la centralidad política estaba en la calle" y que él quería que su partido fuese el cauce de esa nueva centralidad. Tengo para mí que la radicalización de CDC y del PSOE responde más a las preferencias ideológicas de sus militantes y sus líderes que a la demanda de sus votantes.

¿Es definitiva la desaparición del centro político en España? ¿Estamos abocados a la bipolarización y a la inestabilidad? No necesariamente. Donde han surgido líderes capaces de reposicionar a sus partidos hacia el centro están ganando apoyo. Es el caso de Iñigo Urkullu con su propuesta centrista, después del experimento independentista del presidente Ibarretxe que radicalizó al PNV. O de Alberto Feijóo, que ha hecho una oferta centrista capaz de ganar más del 47% del voto en Galicia. Estas experiencias están diciendo que el votante de centro sigue ahí. Pero que recuperarlo exige un discurso y unas políticas sociales y económicas pragmáticas y viables que hagan frente a la desigualdad y a la pérdida de oportunidades.●



JOSEP PULIDO

A. COSTAS, *catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona*

Pilar Rahola

Terrazas

Ha sido el gran Miquel Milà, alma máter del interiorismo catalán, quien ha puesto la rúbrica al tema. "Las terrazas son la sala de estar de la ciudad", ha proclamado, casi sin despeinarse, y con esa afirmación tan solemne y bella se ha dado por constituida la comisión ciudadana, auspiciada por el Gremi de Restauradors, que intentará reflexionar sobre ese complejo triángulo urbano: ciudad, terrazas y vecindario, tres vértices de un delicado y a veces fallido equilibrio.

En la sala, gentes con mucho por decir: gestores solventes como Xavier Casas, interioristas como Estrella Salietti o Lázaro Rosa-Violán, arquitectos como Beth Galí, Benedetta Tagliabue o Silvia Farriol, abogadas de la categoría de Montserrat Pinyol, diseñadores como Josep Maria Milà o Javier Mariscal, el economista Gonzalo Bernardos, expertos en accesibilidad como Pilar Díaz o Josep Esteba, y el grupo de la canallesca literario-periodística, con Xavier Sardà, Eduard Voltas, Isabel-Clara Simó, Maria Favà, Daniel Domenjó, que será el cronista de las sesiones, y servidora. Acompañando el lío, dos concejales socialistas del Ayuntamiento, Montserrat Ballarín, responsable de mercados, y Daniel Mòdol, recientemente célebre por su declarado amor a la Sagrada Família.

A partir de aquí, unas semanas de ponencias, reflexión y debate con la intención de ayudar a pensar cómo garantizar la convivencia entre terrazas, viandantes, vecinos y el resto de la fauna que compite por dominar la calle. Es decir, intentar encontrar el manual para que todos tengan su lugar y ninguno incomode al otro. Y, de paso, intentar solventar el lío que el actual Ayuntamiento ha creado con la aplicación salvaje de las ordenanzas vigentes.

> Son las auténticas almas de la ciudad vivida en la calle, vertebrada con el diálogo, el relax y la pausa

Más allá de las reflexiones que vendrán, y que se auguran intensas dada la transversalidad de los ponentes, lo más extraordinario de la iniciativa del gremio es la invitación a pensar la ciudad, entendida como un caos ordenado, un vitriólico y endiablado juego de equilibrios que, cuando consigue controlarse, crea espléndidos espacios de convivencia.

Entre ellos, las terrazas, esas maravillosas terrazas mediterráneas, auténticas almas de la ciudad vivida en la calle, vertebrada con el diálogo, el relax y la pausa. Por supuesto, donde hay terrazas ha de haber ausencia de conflicto, y es ahí, en el punto de roce, donde hay que escribir un manual de comportamiento que garantice los límites. Pero lo que no es discutible es la extraordinaria humanidad que late en esos saloncitos ganados a la calle, donde derretimos los relojes, relajamos el cuerpo y damos libertad a la mirada. En las terrazas regalamos un paréntesis a la prisa, y con esa pausa indolente, con ese tiempo ganado, la ciudad se da un respiro.

El cantautor Quintín Cabrera nos enseñó que la ciudad es un libro que se lee con los pies. Cierto, pero también es una terraza que se engrandece con la pausa.●

Jordi Llavina

Un crimen de lesa patria

La sección filológica del IEC está a punto de publicar una nueva normativa de la lengua, revisada a conciencia. Algo de ello ha trascendido en los medios: lo referido a la epidermis de la gramática, que es la ortografía. Lo que, a tenor de las reacciones, ha provocado más irritación en tantos ilustres patriotas (da lo mismo si escriben aceptablemente con las manos o manifiestamente con los pies) es la drástica reducción de los acentos diacríticos: a saber, los que se utilizan para distinguir dos palabras que se escriben igual.

¡Cómo me gustaría poder examinar, como si de mis alumnos se tratara, a muchos de los que se han rasgado las vestiduras por este crimen de lesa patria perpetrado por la sección filológica! ¡Estoy convencido de que, de la interminable retahíla de tildes diacríticas, conocen a lo sumo la mitad! Lo que ocurre es que aprender dicha mitad debió de costarles sudor y lágrimas, con lo cual no llevan bien saber que todos aquellos que, a partir de ahora, van a aprender el catalán van a ahorrarse tal quebradero de cabeza.

En mi etapa de estudiante de filología, tuve el privilegio de disfrutar del magisterio de Joan Solà. Hombre sabio y lúcido, repudiaba a los salvadores lingüísticos de la patria que siempre se muestran dispuestos a preservar el espíritu inmarcesible del idioma. Salvadores cuyo discurso, a menudo, resulta de todo punto inconsistente, huelga apuntarlo. Para todos ellos, la ortografía es el principal filón para su enfervorecida defensa del brillo del idioma, de sus esencias nacionales. Pero la ortografía es la parte de la gramática en la que más fácil resulta, y más recomendable, hacer cambios. Solà, en sus clases y en sus libros, solía insistir en tomar conciencia de los diversos bloques de la gramática, no sólo del ortográfico (el más proclive, por otro lado, al gaseoso titular periodístico): la morfología, el léxico, la sintaxis... Sí, sobre todo de la sintaxis, que, en catalán, va degradándose y deslavándose día a día, sin que muchos de los que ahora se sienten traicionados por pequeñeces de acentuación parezcan, en absoluto, reparar en ello.

El problema no son los diacríticos. Si los sabios han decidido reducirlos severamente, yo voy a seguirles. El problema es que cada vez se redacta peor. ¡Ahí está el principal reto para cualquier profesor de lengua (y no sólo catalana)!●